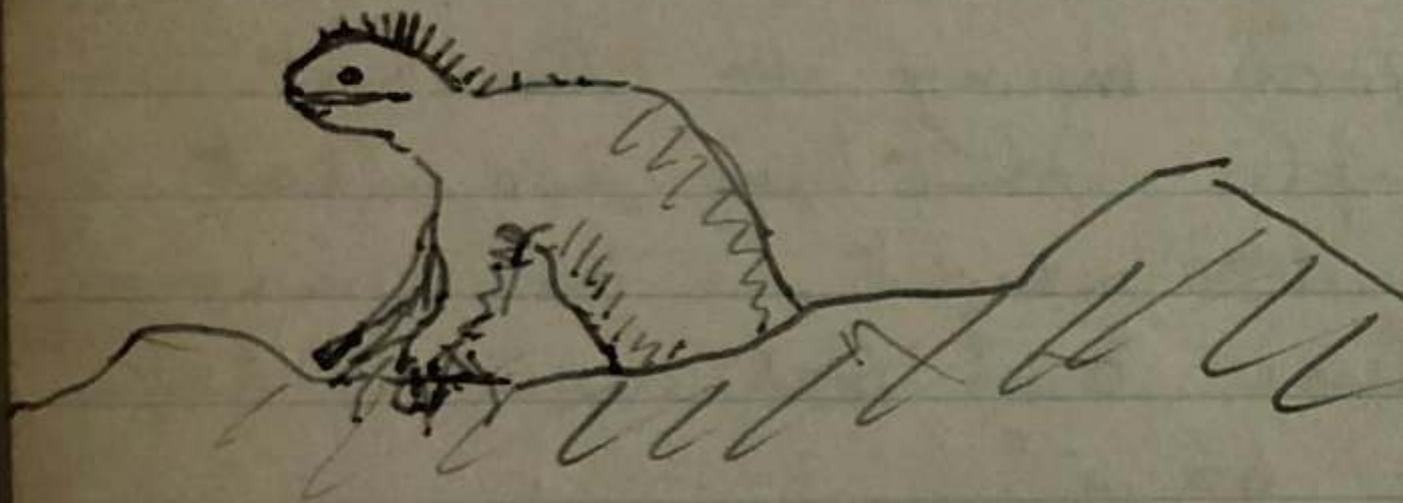
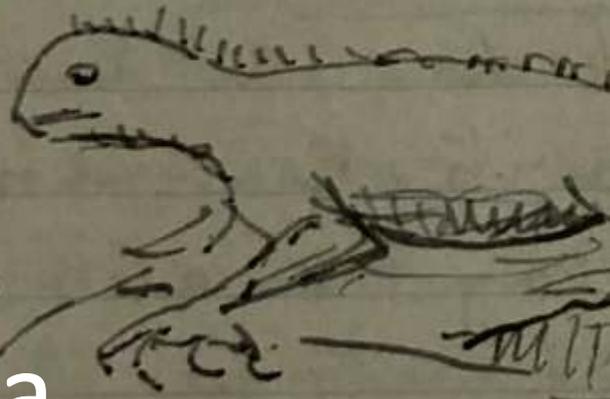


in silhouette on a rocky
rock, looking like a very
gentleman gazing into



some of the little ones
run with their tail curved
up over their
backs.



Edgardo Civallero

El diario de Georgina

is quite easy to touch the

El diario de Georgina

Edgardo Civallero

Este texto se publicó en Revista Otlet.

© Edgardo Civallero, 2022.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

El diario de Georgina

Un puñado de notas sobre las instituciones de gestión de conocimiento y memoria y la construcción de relato científico

Corría el segundo cuarto del siglo. La mujer, la única en el grupo, cruzó el Atlántico, el Caribe, el canal de Panamá y parte del Pacífico hasta la desembocadura del río Guayas, como todos sus compañeros. Se subió a una cáscara de nuez que la llevó hasta aquel archipiélago remoto, y padeció (y también disfrutó) el viaje y los meses de estadía, como todos sus acompañantes. Trabajó a la par de ellos, sino más, y colaboró en todas las tareas, incluyendo las de recopilación de datos científicos. Cada noche robaba unos minutos para garrapatear, en su diario personal, los detalles de aquella experiencia de animales extraños y paisajes rocosos en plena línea ecuatorial: las decepciones, las peleas, los descubrimientos, los errores, las debilidades... Retornó a su tierra, con todos sus compañeros, cuando en el mundo resonaban los tambores de la segunda gran guerra. Y ahí, aparentemente, se acabó su historia.

El relato de ese viaje y de sus hallazgos sería contado por los hombres, los académicos, desde un punto de vista estrictamente científico. Los detalles anecdóticos —y todos aquellos que no contribuyeran al discurso triunfal de una ciencia victoriosa sobre el desconocimiento y la ignorancia— serían obviados, olvidados, escondidos. Desde un punto de vista hegemónico, resultaban innecesarios y, como tales, fueron eliminados de

la narración. La mujer apareció solamente en unos reconocimientos, en los márgenes de un artículo, como "señora de...". Nunca más se supo de ella.

Hasta que, poco antes de su fallecimiento, la mujer decidió donar aquella bitácora de viaje suya, que había guardado por décadas, a una reconocida institución científica. Acompañó esa donación con un sinnúmero de disculpas, pues en sus párrafos se esgrimían críticas y comentarios relacionados con algunos de sus compañeros de travesía, por entonces ya convertidos en grandes figuras de las ciencias y la Academia. Quizás —eso nunca lo sabremos— sentía que ella seguía siendo *nadie* en ese mundo. Pero, aun así, seguramente era consciente de que la memoria es mucho más que la voz dominante, y que la palabra escrita sobrevive el paso del tiempo y puede ofrecer el sonido de otras campanas, diferentes o complementarias, al relato oficial, monolítico y sin fisuras. Puede desafiarlo, incluso. Y sus palabras ofrecían, hasta cierto punto, la otra cara de la moneda. O, cuanto menos, otra versión de la historia.

Aquella donación —un cuadernillo pequeño, manuscrito— pasó desapercibida durante cuatro décadas. Al fin y al cabo, no era sino el diario personal de una mujer. Una que, además, ni siquiera era científica. Durmió en un rincón de la estantería de una biblioteca-archivo hasta que fue "redescubierto" hace tres años. Y con ese encuentro comenzaron una serie de reflexiones y debates sobre el proceso de construcción del saber y el relato científico, y sobre el rol que en ese proceso juegan las instituciones de gestión del conocimiento y la memoria: bibliotecas, archivos, museos y asociados.

La mujer se llamaba Georgina Lloyd. Y el viaje en el que participó fue la Expedición Lack-Venables de 1938-1939 a las islas Galápagos.



En marzo de 2019 se realizó un inventario y una catalogación exhaustiva de los documentos conservados en las colecciones especiales de la Biblioteca, Archivo & Museo de la Estación Científica Charles Darwin, área de la cual el autor del presente texto es coordinador desde marzo de 2018.

La Darwin es una estación biológica que se ubica en las cercanías de Puerto Ayora, en la costa sur de isla Santa Cruz, en el archipiélago de las Galápagos (Ecuador). Es gestionada por la Fundación Charles Darwin, una ONG internacional dedicada a investigar la alucinante y amenazada biodiversidad galapagueña y a fomentar su conservación. En la Estación, inaugurada en 1964, trabaja un equipo multidisciplinar de científicos y académicos de todo el mundo. A los laboratorios, corrales de crianza, oficinas y colecciones biológicas se les suma la labor de gestión de memoria y conocimiento de la biblioteca, el archivo y el museo.

Alojadas en uno de los primeros edificios levantados en la Estación en los años 60, las colecciones manejadas por el área de Biblioteca, Archivo & Museo incluyen los tradicionales fondos bibliográficos y audiovisuales especializados, pero también dos colecciones arqueológicas y un riquísimo archivo que da cuenta de buena parte de la memoria social y científica de las Galápagos a lo largo del último siglo. Buena parte de

los materiales conservados son únicos y originales, algunos de ellos aún permanecen inéditos, y todos ellos resultan de excepcional importancia para comprender las ideas de "ciencia" y de "conservación" aplicadas en el archipiélago — una de las primeras áreas naturales del planeta en ser declaradas al mismo tiempo Parque Nacional, Reserva de la Biosfera y Patrimonio Natural de la Humanidad.

Durante el procesamiento técnico de las mencionadas colecciones especiales se identificó un manuscrito inédito, titulado *Galapagos Diary* ["Diario de Galápagos"], cuyos contenidos, al parecer, habían pasado desapercibidos hasta el momento. Sus párrafos daban cuenta de uno de los viajes más influyentes en la historia de la ciencia galapagueña: la *Lack-Venables Expedition*.

Organizada por el ornitólogo británico David Lack y su colega L. S. V. Venable en 1938, los miembros del equipo pasaron unos cuatro meses, hasta inicios de abril de 1939, en varios puntos de la geografía galapagueña, pero especialmente en el área ocupada en la actualidad por la localidad de Puerto Ayora, por entonces un conjunto de tres o cuatro casas de colonos y pioneros. El objetivo era recolectar información variada sobre la flora y la fauna de las islas. El viaje quedó descrito muy brevemente en un artículo del químico / botánico T. W. J. Taylor (1940) y, sobre todo, en el diario y los textos del propio Lack (p.ej. Lack, 1940; Anderson, 2013), quien, tras los estudios realizados en esa travesía, acuñó la etiqueta "pinzones de Darwin" y desarrolló un trabajo que lo llevaría, años más tarde, a ser considerado "el padre de la biología evolutiva".

El relato y la historia de ese viaje estuvieron, pues, marcados y definidos por los decires y los resultados de un puñado de hombres con posiciones académicas definidas y una formación y una ocupación determinadas, relacionadas con las ciencias naturales. Hasta el redescubrimiento del *Diary*.

Dicho documento, un cuadernillo escrito a mano y con un estado de conservación excelente, fue donado a la Fundación Charles Darwin en una fecha indeterminada de la década de los 80 por Rosamond Georgina Lloyd, esposa de Taylor, que también participó en la expedición, con el rol de "acompañante / ayudante" y el de "esposa de...". Si bien Georgina no contaba con una educación formal en ciencias, era una consumada botánica y una persona con una aguda inteligencia y una amplia cultura general. Era, además, una observadora y escritora detallista, que plasmó en su diario todos los pormenores del viaje, incluyendo los problemas, las discusiones, los desacuerdos, y todos esos aspectos mínimos que no suelen ser tenidos en cuenta por la producción académica por ser considerados anecdóticos (o incómodos), pero que hablan claramente de un mundo, de un contexto, de unos procesos y de unos sesgos que deberían ser muy tenidos en cuenta a la hora de entender el trabajo científico, sus puntos de partida y sus resultados.

De acuerdo a un puñado de notas bibliotecológicas que quedaron archivadas junto al *Diary*, Georgina envió a la Fundación Charles Darwin su diario acompañado de una carta (la cual no se conservó) en la que presentaba una larga serie de disculpas por los comentarios poco amables que sus párrafos incluían en relación, sobre todo, a David Lack, quien ya entonces ostentaba una posición poderosa dentro del mundo de la

biología. Así y todo, confiaba en que su escrito pudiera aportar algunos datos de valor a la historia del conocimiento científico de las islas Galápagos.

El hecho de que el diario permaneciese inédito, oculto y desconocido casi un siglo —a diferencia del de David Lack, por ejemplo— evidencia una serie de barreras, impedimentos y discriminaciones dentro del campo de la producción de conocimiento científico: el relato de una mujer sin formación ni posición académica tiene escaso valor, especialmente frente al de los hombres que han tenido sus mismas vivencias, pero pertenecen a un grupo dominante. Por su parte, las disculpas ofrecidas por las críticas (a todas luces realistas y verosímiles) a un miembro de la élite evidencian un *statu quo* y una jerarquía dentro de la Academia que es preferible no desafiar. El universo de la producción de conocimiento científico tiene unos actores y unos mecanismos predefinidos, y cualquier elemento que desencaje es automáticamente descartado, ignorado, criticado o eliminado.

Buena parte de esos elementos termina, con muchísima suerte, en los cajones y los estantes más oscuros de las bibliotecas, los archivos y los museos. Especialmente en los archivos científicos, espacios de conservación a los que las ciencias naturales en general no suelen dar demasiada importancia. Probablemente por cumplir un rol de "cementerio" de memorias y relatos mayormente inservibles desde el punto de vista hegemónico.



En el campo de las ciencias naturales, los archivos suelen ser considerados espacios para historiadores: algo ajeno a la disciplina. La historiadora de la ciencia estadounidense Lorraine Daston escribe:

...se supone *ipso facto* que la investigación de archivos es de naturaleza histórica, y que cualquier archivo es del tipo investigado prototípicamente por los historiadores: un lugar fijo con una colección curada, generalmente oficial, que consiste en su mayor parte en antiguos documentos inéditos¹ (2017, p. 2).

La autora añade sin ambages que "los archivos son, en su mayoría, invisibles en términos de lugares y prácticas científicas"².

En consecuencia, los procesos relacionados con la memoria en el ámbito de las ciencias naturales son, en buena medida, débiles. De hecho, no existen fronteras bien definidas entre "historia de la ciencia" —un enorme y muy fértil campo de estudio— y "memoria de la ciencia", una temática pobremente abordada en la bibliografía académica, especialmente en la archivística.

A ello se le suma el tratamiento sumamente selectivo de la documentación pasada y presente que suelen poner en práctica los científicos naturales. De ese enorme tejido

¹ "...archival research is assumed to be ipso facto historical in nature, and any archive to be of the sort prototypically investigated by historians: a fixed place with a curated, often official collection consisting mostly of old unpublished papers" (traducción del autor).

² "...archives are mostly invisible in accounts of the sites and practices of science" (traducción del autor).

solo recuperan y emplean porciones determinadas, a conveniencia, desconociendo que esos hilos elegidos se apoyan en el resto de la trama. En este sentido, los profesionales de las ciencias naturales parecen prestar una atención especial a una parte concreta de su producción intelectual: la que se ve expresada como literatura académica y profesional (libros, tesis, artículos, informes, etc.). Sin embargo, la ciencia es mucho más que el acervo compuesto por esa producción formal. Incluye notas, apuntes, conversaciones, diarios de campo y personales, imágenes, dibujos, bocetos, películas, audios, etc. Es habitual que toda esa documentación, que incluye fuentes primarias y material suplementario o de apoyo, sea abandonada en los márgenes del largo y arduo camino que supone una investigación científica (y almacenada en un archivo) y no se referencie en los productos finales, algo que equivale a volverla invisible en términos de recuperación.

Adicionalmente, la ciencia se enfoca en el relato triunfal —lleno de resultados visibles, relevantes y exitosos— que suele presentar la literatura académica. Como apunta Geoffrey Bowker (2005, p. 7), "los textos científicos no se escriben para registrar lo que realmente ocurrió en el laboratorio, sino para contar la historia de un pasado ideal"³. En la práctica, empero, un enorme porcentaje de su devenir está compuesto de errores, fracasos y problemas sin solución, los cuales no suelen divulgarse.

³ "...scientific texts are written not to record what actually happened in the laboratory, but to tell the story of an ideal past" (traducción del autor).

Por último, el universo científico acostumbra prestar una mayor atención a las grandes historias (personajes de renombre, instituciones y financiaciones notorias, expediciones importantes o únicas, descubrimientos que cambiaron el rumbo de los acontecimientos), a pesar de que también exista un auténtico cúmulo de pequeñas anécdotas, sucesos, personajes, recuerdos, leyendas y secretos: una cotidianidad y una rutina que ocupan una parte considerable del tiempo del quehacer científico, pero que están desprovista de todo *appeal*.

Con notables y escasas excepciones, la desconexión entre la ciencia y su memoria — conservada sobre todo en los archivos— es evidente. Y preocupante.



El camino transitado por la ciencia está formado por una miríada de pequeños elementos que pueden entrelazarse para formar un enorme tejido, o que pueden insertarse como una pieza en una estructura mayor, preexistente, para producir nuevos significados, preguntas o inquietudes. Existe toda una enorme y magnífica memoria científica que, dadas las limitaciones de las prácticas habituales de producción de saber y de relato científicos, dista mucho de ser reconocida y tratada como tal. Su amplia gama de voces y visiones se recorta atrozmente para ser ajustada a las mezquinas necesidades, convenciones y conveniencias del sistema hegemónico.

En el caso del *Galapagos Diary*, el texto aporta un valiosísimo contexto histórico, social y cultural al proceso de investigación. Asimismo, suma la voz de una mujer: una voz

crítica, que desnuda las debilidades de personajes que más tarde fueron ascendidos a una suerte de esfera heroica dentro de la ciencia. Una voz sencilla, que no tiene problemas en narrar y compartir las durezas y asperezas cotidianas del trabajo de campo, lo cual es especialmente relevante en este caso en particular: la expedición manejaba muy escasos recursos, a diferencia de otras realizadas a Galápagos durante la misma época y que contaban con el apoyo de grandes instituciones o de millonarios. Una voz que no solo habla del trabajo científico, sino que se detiene a contar la historia y la vida diaria de la gente que vivía por entonces en la zona: los primeros colonos europeos y americanos de isla Santa Cruz. De hecho, en este sentido, el relato provee datos únicos sobre algunos personajes históricos galapagueños. El diario de Georgina podría incluso albergar algunos de los más tempranos comentarios sobre determinados fenómenos biológicos isleños como el *spray* nasal de las iguanas marinas.

Tras su redescubrimiento, el *Galapagos Diary* fue rápidamente digitalizado. Una transcripción anotada del texto está disponible, en formato digital, entre las publicaciones del área de Biblioteca, Archivo & Museo de la Fundación Charles Darwin, en su sitio web⁴, y como parte del archivo digital de memoria social y científica *Galapagueana*, liderado por la misma área⁵. Se preparan un buen número de artículos recuperando los datos provistos en el texto, los cuales han sido interpolados con otros documentos conservados en las colecciones de la Estación Darwin. Y se debaten

⁴ <https://www.darwinfoundation.org/es/publicaciones/publicaciones-de-la-biblioteca-archivo>

⁵ <https://galapagueana.darwinfoundation.org/sp/destacado/dest001.html>

posturas y perspectivas más plurales y críticas, incluyendo la de recuperar las muchas (y muy invisibilizadas) voces femeninas dentro de la ciencia y de la vida galapagueñas.

Todos los espacios de gestión de conocimiento y memoria y sus colecciones (y muy especialmente la interacción entre esas colecciones) son absolutamente capaces de cambiar los enfoques del *statu quo* y el pensamiento establecido y abrir puertas a otras formas de decir y de hacer y, sobre todo, de plantear y entender el mundo. Eso incluye la sacrosanta ciencia.

Para lograr semejante cambio, en ocasiones solo hace falta un evento disparador. Como la aparición de un manuscrito en un rincón de la única institución que funciona como biblioteca, archivo y museo en las islas Galápagos, en un rinconcito soleado de los Mares del Sur.

Bibliografía citada

Anderson, T. R. (2013). *The Life of David Lack: Father of Evolutionary Ecology*. Oxford University Press.

Bowker, G. C. (2005). *Memory practices in the sciences*. The MIT Press.

Daston, L. (2017). Third Nature. En L. Daston (Ed.), *Science in the Archives: Pasts, Presents, Futures* (pp. 1-16). The University of Chicago Press.

Lack, D. (1940). *The Galapagos Finches (Geospizinae): a Study in Variation*. California Academy of Sciences.

Taylor, T. W. J. (1940). Plant pigments in the Galapagos Islands. *Proceedings of the Royal Society B*, 129, 230-237.



<http://www.bibliotecario.org/>